

Congreso Libre Iberoamericano de Intelectuales

Cartas a Emillo Roig de Leuchsenring,
en La Habana.

(Véanse las anteriores en las entregas 6 y 11 del tomo en curso).

Buenos Aires, 7 de Marzo de 1925.

No fué posible continuar. Aquel escándalo de la Avenida, que pretendí vencer en la meditación de mis notas, se impuso victorioso. Y a tal punto aniquiló mi pensamiento que sólo ahora, quince días después, intento reasumirlo.

Ahora contribuyen a excitarlo la fiesta que celebramos ayer en honor de Sánchez Viamonte y la lectura de un artículo de Francisco García Calderón. Comentando ambos trataré de exponerle a Ud. los pensamientos y observaciones que dejé en suspenso al iniciar mi viaje a Córdoba, motivo principal de esta interrupción.

La fiesta de ayer fué un banquete verdaderamente augural, y el augur mayor, Pedro Henríquez Ureña; el artículo de hoy, tal vez uno de los más interesantes que ha escrito García Calderón desde nuestro punto de vista actual. Ayer no más conversando con Henríquez Ureña me quejaba del apartamiento de Francisco y ambos conveníamos en que se alejaba de nosotros en esta hora en que nos es tan necesaria la asociación de nuestros esfuerzos. Esta bien, pues, que, aunque tal vez sin proponérselo de un modo muy especial, vuelva «nuestro pensador» por sus laureles que si no ha perdido ya del todo, ha estado a punto de perder. El discurso de Henríquez, como síntesis de nuestras aspiraciones y expresión de nuestros ideales no dejó nada que desear (1), y el revuelo de pensamientos que suscitó en mi mente se ha agitado ahora más con el comentario de Francisco a las críticas del conde Keyserling a la civilización occidental y su mayor exponente, los Estados Unidos de Norte América. Discurso y artículo tratan en el fondo de la misma cuestión: la decadencia de Occidente y la posibilidad de crear una nueva cultura y fundar una civilización distinta. Cuando Ud. lea el discurso, que trataré de enviarle, podrá comprobar cuan inteligentemente ha definido Henríquez Ureña la situación de la intelectualidad de nuestros pueblos frente a los problemas de todo orden que nos urge resolver. En ese discurso se evidencia la necesidad en que nos hallamos los hispanoamericanos de asumir la responsabilidad de las nuevas orientaciones, ya bastante precisadas pero que aún no nos atrevemos a seguir. El comentario de García Calderón a las ideas de Keyserling confirma esa evidencia, que, como Ud. sabe, en mí es antigua como para todos los que supieron interpretar el mensaje de Rodó y no le dejaron convertido en una pieza de literatura muerta sino que han hecho de él un órgano vivo del espíritu que nos anima. La ideas de Keyserling no son, en realidad, sino una repetición modernizada de las de Rodó quien a su vez reflejaba la ideología de los grandes pensadores liberales de Europa. Esa ideología, que ha sufrido un largo eclipse, está empezando a renacer y día a día se robustece a pesar de todos los síntomas de ofuscamiento y desconcierto hoy predominantes. Pero si antes tenía sus núcleos más eficientes en Europa, es necesario que nos convenzamos de que ahora tiene su único refugio en América. En diversas ocasiones he insistido sobre el hecho del desplazamiento de la fuerza de gravitación de la cultura, al menos en sus formas prácticas, de

Europa a Norte América (vea mi artículo titulado *El fenómeno del Norte* (1)) y no me cansaré nunca de repetir ahora la convicción que tengo de ser nosotros los llamados a rectificar las desviaciones que, antes que Keyserling, habían observado en la civilización del Norte, Arnold, Spencer y James, para no citar sino los críticos de habla inglesa. Es sobre esa crítica que nosotros tenemos que basar el derecho que nos asiste para crear algo nuevo. Por eso están tan cerca de nosotros los que piensan en los Estados Unidos como el mismo Keyserling: Upton Sinclair, H. L. Mencken, Lewis Mumford, Herbert Croly, James Harvey Robinson y tantos otros. Merece especial mención el caso de John Dewey, interesantísimo por sus semejanzas con Ortega y Gasset, al menos en cuanto se refiere a la valorización de los hechos y el significado de los esfuerzos humanos. Dewey sigue en esto la tradición de Arnold, Spencer y James, como los otros a quienes he mencionado, pero tiene puntos de vista en extremo interesantes. Yo espero grandes frutos del estudio que hagamos los hispanoamericanos del pensamiento de los grandes críticos de la civilización europea y norteamericana, que aún algunos insisten en creer insuperable en nuestra época. Tanto en Europa como en los Estados Unidos es notorio el movimiento de reacción contra las iniquidades y aberraciones en que ha venido a caer esa fastuosa civilización positivista que yo he llamado bélico-industrial. Observando esto, Stoddard ha escrito un libro *The revolt against civilisation*, y por ese estilo hay varios. Pues bien, nosotros los hispanoamericanos somos quienes estaremos en mejores condiciones para rebelarnos contra esa intangible y soberbia Civilización, ya sometida a juicio por las más preclaras mentalidades de Occidente: Chesterton, Bernard Shaw, Wells y Bertrand Russell en la Gran Bretaña; Anatole France, Romain Rolland, Barbusse y Benda, en Francia. Hombres como estos forman una heterodoxia universal, si bien un tanto anárquica, y han empezado a mirar a nuestra América como posible refugio de las utopías nuevas. Sin caer en los extremos de la rebelión bolchevique contra la férula imperialista de las oligarquías plutocráticas ¿por qué no hemos nosotros de preparar en nuestro suelo el advenimiento de un régimen distinto? ¿Toleraremos que se inocule en nuestros nacientes organismos el virus del capitalismo? ¿Seremos incapaces de concebir algo mejor que esa civilización pingüina de que se burlaba France o ese culto de Belfegor de que habla Julien Benda?

Ayer he tenido la evidencia de que a estas interrogaciones se puede contestar con optimismo. No eran meras palabras las del discurso de Henríquez Ureña al saludar en Sánchez Viamonte a uno de los nuevos hombres de la América nuestra. Vibraba en ellas un sentimiento claro y profundo de nuestros nuevos deberes y nuestros inalienables derechos. Se desprendía de ellas algo como una elocuencia que estaba por encima de toda retórica verbal, una palpación íntima que, cual más cual menos, sentía en el fondo de su corazón como hombre de una generación que ha comprendido al fin la misión que le corresponde desempeñar en el mundo. Nada importa que, imitando a los energúmenos de yanquilandia, los chinos digan hoy «China para los chinos» y los indios «La India para los indios». Ayer se sentía repercutir en las conciencias, como un eco de las hermosas frases del perspicaz y generoso dominicano que nos hablaba, las palabras de aquel argentino que una vez adivinando o presintiendo, como tantos de los nuestros, el porvenir que se nos reserva, supo oponer al egoísta utilitarismo de los tardíos organizadores de una América para la industria y el comercio yanquis el concepto de

(1) Véase en la entrega anterior: *Patria de la Justicia*.

(1) Próximamente se editará este artículo en el REPERTORIO; así como el artículo de García Calderón sobre el conde Keyserling.